

Gabriel García Márquez
(Aracataca, Colombia 1928 - México DF, 2014)

EL AHOGADO MAS HERMOSO DEL MUNDO

LOS PRIMEROS NIÑOS que vieron el promontorio oscuro y sigiloso que se acercaba por el mar, se hicieron la ilusión de que era un barco enemigo. Después vieron que no llevaba banderas ni arboladura, y pensaron que fuera una ballena. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron los matorrales de sargazos, los filamentos de medusas y los restos de cardúmenes y naufragios que llevaba encima, y sólo entonces descubrieron que era un ahogado.

Habían jugado con él toda la tarde, enterrándolo y desenterrándolo en la arena, cuando alguien los vio por casualidad y dio la voz de alarma en el pueblo. Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los muertos conocidos, casi tanto como un caballo, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo a la deriva y el agua se le había metido dentro de los huesos. Cuando lo tendieron en el suelo vieron que había sido mucho más grande que todos los hombres, pues apenas si cabía en la casa, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo después de la muerte estaba en la naturaleza de ciertos ahogados. Tenía el olor del mar, y sólo la forma permitía suponer que era el cadáver de un ser humano, porque su piel estaba revestida de una coraza de rémora y de lodo.

No tuvieron que limpiarle la cara para saber que era un muerto ajeno. El pueblo tenía apenas unas veinte casas de tablas, con patios de piedras sin flores, desperdigadas en el extremo de un cabo desértico. La tierra era tan escasa, que las madres andaban siempre con el temor de que el viento se llevara a los niños, y a los muertos que les iban causando los años tenían que tirarlos en los acantilados. Pero el mar era manso y pródigo, y todos los hombres cabían en siete botes. Así que cuando se encontraron el ahogado les bastó con mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que estaban completos.

Aquella noche no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres averiguaban si no faltaba alguien en los pueblos vecinos, las mujeres se quedaron cuidando al ahogado. Le quitaron el lodo con tapones de esparto, le desenredaron del cabello los abrojos submarinos y le rasparon la rémora con fierros de desescamar pescados. A medida que lo hacían, notaron que su vegetación era de océanos remotos y de aguas profundas, y que sus ropas estaban en piitrafas, como si hubiera navegado por entre laberintos de corales. Notaron también que sobrellevaba la muerte con altivez, pues no tenía el semblante solitario de los otros ahogados del mar, ni tampoco la catadura sórdida y menesteroso de los ahogados fluviales. Pero solamente cuando acabaron de limpiarlo tuvieron conciencia de la clase de hombre que era, y entonces se quedaron sin aliento.

No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación.

No encontraron en el pueblo una cama bastante grande para tenderlo ni una mesa bastante sólida para velarlo. No le vinieron los pantalones de fiesta de los hombres más altos, ni las camisas dominicales de los más corpulentos, ni los zapatos del mejor plantado. Fascinadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle unos pantalones con un pedazo de vela cangreja, y una camisa de bramante de novia, para que pudiera continuar su muerte con dignidad. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando el cadáver entre puntada y puntada, les parecía que el viento no había sido nunca tan tenaz ni el Caribe había estado nunca tan ansioso como aquella noche, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con el muerto. Pensaban que si aquel hombre magnífico hubiera vivido en el pueblo, su casa habría tenido las puertas más anchas, el techo más alto y el piso más firme, y el bastidor de su cama habría sido de cuadernas maestras con pernos de hierro, y su mujer habría sido la más feliz. Pensaban que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los peces del mar con sólo llamarlos por sus nombres, y habría puesto tanto empeño en el trabajo que hubiera hecho brotar manantiales de entre las piedras más áridas y hubiera podido sembrar flores en los acantilados. Lo compararon en secreto con sus propios hombres, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquél era capaz de hacer en una noche, y terminaron por repudiarlos en el fondo de sus corazones como los seres más escuálidos y mezquinos de la tierra. Andaban extraviadas por esos dédalos de fantasía, cuando la más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión que compasión, suspiró:

—Tiene cara de llamarse Esteban.

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de la media noche se adelgazaron los silbidos del viento y el mar cayó en el sopor del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban. Las mujeres que lo habían vestido, las que lo habían peinado, las que le habían cortado las uñas y raspado la barba no pudieron reprimir un estremecimiento de compasión cuando tuvieron que resignarse a dejarlo tirado por los suelos. Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de infeliz con aquel cuerpo descomunal, si hasta después de muerto le estorbaba. Lo vieron condenado en vida a pasar de medio lado por las puertas, a descalabrarse con los travesaños, a permanecer de pie en las visitas sin saber qué hacer con sus tiernas y rosadas manos de buey de mar, mientras la dueña de casa buscaba la silla más resistente y le suplicaba muerta de miedo siéntese aquí Esteban, hágame el favor, y él recostado contra las paredes, sonriendo, no se preocupe señora, así estoy bien, con

los talones en carne viva y las espaldas escaldadas de tanto repetir lo mismo en todas las visitas, no se preocupe señora, así estoy bien, sólo para no pasar vergüenza de desbaratar la silla, y acaso sin haber sabido nunca que quienes le decían no te vayas Esteban, espérate siquiera hasta que hierva el café, eran los mismos que después susurraban ya se fue el bobo grande, qué bueno, ya se fue el tonto hermoso. Esto pensaban las mujeres frente al cadáver un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando le taparon la cara con un pañuelo para que no le molestara la luz, lo vieron tan muerto para siempre, tan indefenso, tan parecido a sus hombres, que se les abrieron las primeras grietas de lágrimas en el corazón. Fue una de las más jóvenes la que empezó a sollozar. Las otras, asentándose entre sí, pasaron de los suspiros a los lamentos, y mientras más sollozaban más deseos sentían de llorar, porque el ahogado se les iba volviendo cada vez más Esteban, hasta que lo lloraron tanto que fue el hombre más desvalido de la tierra, el más manso y el más servicial, el pobre Esteban. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que el ahogado no era tampoco de los pueblos vecinos, ellas sintieron un vacío de júbilo entre las lágrimas.

—¡Bendito sea Dios —suspiraron—: es nuestro!

Los hombres creyeron que aquellos aspavientos no eran más que frivolidades de mujer. Cansados de las tortuosas averiguaciones de la noche, lo único que querían era quitarse de una vez el estorbo del intruso antes de que prendiera el sol bravo de aquel día árido y sin viento. Improvisaron unas angarillas con restos de trinquetes y botavaras, y las amarraron con carlingas de altura, para que resistieran el peso del cuerpo hasta los acantilados. Quisieron encadenarle a los tobillos un ancla de buque mercante para que fondeara sin tropiezos en los mares más profundos donde los peces son ciegos y los buzos se mueren de nostalgia, de manera que las malas corrientes no fueran a devolverlo a la orilla, como había sucedido con otros cuerpos. Pero mientras más se apresuraban, más cosas se les ocurrían a las mujeres para perder el tiempo. Andaban como gallinas asustadas picoteando amuletos de mar en los arcones, unas estorbando aquí porque querían ponerle al ahogado los escapularios del buen viento, otras estorbando allá para abrocharse una pulsera de orientación, y al cabo de tanto quítate de ahí mujer, ponte donde no estorbes, mira que casi me haces caer sobre el difunto, a los hombres se les subieron al hígado las suspicacias y empezaron a rezongar que con qué objeto tanta ferretería de altar mayor para un forastero, si por muchos estoperoles y calderetas que llevara encima se lo iban a masticar los tiburones, pero ellas seguían tripotando sus reliquias de pacotilla, llevando y trayendo, tropezando, mientras se les iba en suspiros lo que no se les iba en lágrimas, así que los hombres terminaron por despotricar que de cuándo acá semejante alboroto por un muerto al garete, un ahogado de nadie, un fiambre de mierda. Una de las mujeres, mortificada por tanta insolencia, le quitó entonces al cadáver el pañuelo de la cara, y también los hombres se quedaron sin aliento.

Era Esteban. No hubo que repetirlo para que lo reconocieran. Si les hubieran dicho Sir Walter Raleigh, quizás, hasta ellos se habrían impresionado con su acento de gringo, con su guacamayo en el hombro, con su arcabuz de matar caníbales, pero Esteban solamente podía ser uno en el

mundo, y allí estaba tirado como un sábalo, sin botines, con unos pantalones de sietemesino y esas uñas rocallosas que sólo podían cortarse a cuchillo. Bastó con que le quitaran el pañuelo de la cara para darse cuenta de que estaba avergonzado, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesado ni tan hermoso, y si hubiera sabido que aquello iba a suceder habría buscado un lugar más discreto para ahogarse, en serio, me hubiera amarrado yo mismo un ánchora de galón en el cuello y hubiera trastabillado como quien no quiere la cosa en los acantilados, para no andar ahora estorbando con este muerto de miércoles, como ustedes dicen, para no molestar a nadie con esta porquería de fiambre que no tiene nada que ver conmigo. Había tanta verdad en su modo de estar, que hasta los hombres más suspicaces, los que sentían amargas las minuciosas noches del mar temiendo que sus mujeres se cansaran de soñar con ellos para soñar con los ahogados, hasta éstos, y otros más duros, se estremecieron en los tuétanos con la sinceridad de Esteban.

Fue así como le hicieron los funerales más espléndidos que podían concebirse para un ahogado expósito. Algunas mujeres que habían ido a buscar flores en los pueblos vecinos regresaron con otras que no creían lo que les contaban, y éstas se fueron por más flores cuando vieron al muerto, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas flores y tanta gente que apenas si se podía caminar. A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí. Algunos marineros que oyeron el llanto a distancia perdieron la certeza del rumbo, y se supo de uno que se hizo amarrar al palo mayor, recordando antiguas fábulas de sirenas. Mientras se disputaban el privilegio de llevarlo en hombros por la pendiente escarpada de los acantilados, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primera vez de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor y la hermosura de su ahogado. Lo soltaron sin ancla, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de siglos que demoró la caída del cuerpo hasta el abismo. No tuvieron necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban completos, ni volverían a estarlo jamás. Pero también sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar con los travesaños, y que nadie se atreviera a susurrar en el futuro ya murió el bobo grande, qué lástima, ya murió el tonto hermoso, porque ellos iban a pintar las fachadas de colores alegres para eternizar la memoria de Esteban, y se iban a romper el espinazo excavando manantiales en las piedras y sembrando flores en los acantilados, para que los amaneceres de los años venturosos los pasajeros de los grandes barcos despertaran sofocados por un olor de jardines en altamar, y el capitán tuviera que bajar de su alcázar con su uniforme de gala, con su astrolabio, su estrella polar y su ristra de medallas de guerra, y señalando el promontorio de rosas en el horizonte del Caribe dijera en catorce idiomas: miren allá, donde el

viento es ahora tan manso que se queda a dormir debajo de las camas, allá, donde el sol brilla tanto que no saben hacia dónde girar los girasoles, sí, allá, es el pueblo de Esteban.

ACTIVIDADES:

Responder las siguientes preguntas.

1. ¿Quiénes descubrieron al ahogado y qué hacen con él?
2. ¿Qué características especiales notas los hombres que lo cargan y transportan? ¿Qué explicaciones se les ocurren acerca de su tamaño?
3. ¿Qué características tiene el pueblo?
4. ¿Cómo se dividen las primeras acciones en torno al muerto los hombres y mujeres del pueblo?
5. ¿Qué descubrimientos van realizando las mujeres mientras lo limpian?
6. ¿Qué ideas van elaborando en sus interiores las mujeres mientras preparan el cuerpo?
7. ¿Qué imaginan acerca de la vida del ahogado? ¿Quién lo bautiza?
8. ¿Cómo reaccionan al principio los hombres al regresar ante los preparativos de las mujeres?
9. ¿Cuándo y por qué los hombres se convencen de ese muerto merece todo lo realizado?
10. ¿Qué ocurre con sus funerales? ¿Cómo se realizan y qué va ocurriendo en las mentes y corazones de los habitantes del pueblo durante las exequias?
11. ¿Cómo modificará la vida del pueblo y sus habitantes la efímera presencia de Esteban en ese pueblo?
12. Durante el relato se comparan al ahogado con dos personajes, uno de la historia y otro de la mitología y la literatura ¿con quiénes en cada caso y por qué?

1

LA ARGUMENTACIÓN

Completen el siguiente esquema del texto argumentativo utilizando sus conocimientos previos y las palabras del banco de datos:

EL TEXTO ARGUMENTATIVO

FINALIDAD: convencer o persuadir dando , por eso predomina la función del lenguaje.

.....: presenta el hecho que da origen a la argumentación.

TESIS: es una proposición que se quiere demostrar. Expresa la u opinión del emisor.

.....: presenta los con que se intenta la aceptación de la tesis. Para ello se utilizan diversas **estrategias argumentativas**.

CONCLUSIÓN: las ideas, retoma y propone una determinada posición frente al tema o una postura.

..... **QUE ORGANIZAN LAS IDEAS:** aditivos, , concesivos, , consecutivos, ordenadores (en primer término, en segundo

ESTRATEGIAS PUNTO DE PARTIDA

aconseja

idea

argumentos

refutación

CONECTORES

apelativa adversativos

resume

argumentos

cita de autoridad

causales

DEMOSTRACIÓN

.....
ejemplificación, ,
relaciones de causa-consecuencia,
preguntas retóricas, analogías,
concesión, , ironía.

E
S
T
R
U
C
T
U
R
A

Estrategias argumentativas

2

Para que nuestra argumentación sea clara y convenza a nuestros interlocutores, es útil apelar a estrategias que nos ayuden. En el texto "Bullying, un fenómeno que avanza" se destacan en negrita las estrategias utilizadas. ¿Las identificamos y completamos el cuadro?

Tipo de estrategia	En qué consiste	Conectores que pueden utilizarse	Ejemplo
Ejemplificación	A través de un ejemplo o caso particular se justifica lo que se sostiene.	Por ejemplo, es el caso de...	
Cita de autoridad	Se introduce la voz de una persona u organización reconocidas para avalar la tesis.	Como dice, según menciona, afirman...	
Planteo causa-consecuencia	Se indican las causas y las consecuencias de lo que se analiza.	Causales: porque, ya que, puesto que... Consecutivos: por lo tanto, pues, en consecuencia, por ende, así que, debido a...	
Preguntas retóricas	El emisor presenta una interrogación sin esperar respuesta de los receptores.		
Analogía	Establece una comparación o paralelo entre dos situaciones semejantes que se consideran familiares.	Como, como si, tal como...	
Concesión	Se acepta en parte alguna opinión contraria para luego refutarla.	Si bien, es cierto que, aunque...	
Refutación	Se cuestionan otras opiniones, mediante argumentos opuestos, con el fin de invalidarlas.	Pero, sin embargo, no obstante...	

Bullying, un fenómeno que avanza

Laura, una alumna de 15 años no quiere ir a la escuela. Tampoco se anima a abrir su Facebook por miedo a leer lo que sus compañeros –e incluso gente que no conoce– dicen de ella: *Moríte, andate de la escuela, estúpida*, son algunas de las leyendas que aparecen en su muro.

Cada día hay más casos de violencia en las escuelas. A este tipo de acoso se lo conoce como bullying y consiste en algún tipo de hostigamiento físico o psicológico que niños y adolescentes reciben de sus pares. Aunque muchos padres no lo sepan, sus hijos pueden ser víctimas de una situación dolorosa o, quizá sean ellos victimarios y agredan a alguno de sus compañeros.

Los especialistas del Observatorio Nacional de Violencia en las escuelas coinciden en que gran parte de la problemática radica en la relación entre los chicos y sus padres. Por lo general, quienes agreden a sus compañeros pertenecen a familias donde no existe el diálogo, ni las muestras de afecto. En otros casos, provienen de grupos familiares donde impera la violencia.

No siempre es fácil detectar el acoso escolar. **Las víctimas suelen ocultar las agresiones, no avisan a los adultos** porque se sienten inseguras o por temor a las represalias **y eso las lleva a encerrarse en un círculo de angustia.** Tampoco es fácil reconocer a los agresores. Muchas veces, se trata de niños o adolescentes que muestran conductas muy diferentes en el hogar y la escuela. Por ejemplo, con los adultos son amables y educados

y con sus pares son hostigadores. **Actúan como si fueran espías con una doble vida**, y los padres no pueden reconocer que su hijo se comporte de esa manera.

En una encuesta realizada en la provincia de Santa Fe, 9 de cada 10 maestros reconocieron que son testigos de situaciones de acoso. **Si bien es cierto que hay planes de capacitación para docentes, no obstante 8 de cada 10 maestros dicen no sentirse capacitados para enfrentar estas situaciones.**

¿Quién le pone el cascabel al gato? Lo primero que hace un maestro frente a la problemática es tratar de interceder entre los alumnos agresores y el alumno agredido. Como segundo paso, le queda la posibilidad de contactarse con los padres para ponerlos al tanto de lo que ocurre. Es en este punto donde suelen aparecer otros inconvenientes, pues en muchos casos los padres terminan protegiendo a sus hijos agresores y poniendo en duda el relato de los maestros.

Nadie desconoce los intentos por revertir esta situación, pero no se percibe que hasta el momento existan políticas claras para formar a los docentes y afrontar de manera adecuada esta problemática que se agrava con el paso del tiempo.

Evidentemente, si no tomamos medidas urgentes que impliquen crear vínculos sanos entre los alumnos no podremos detener este flagelo.

Artículo editorial 8 de junio de 2013.
Diario El Litoral (Santa Fe)

3. a. ¿Cuál es la tesis que sostiene el texto? ¿Está explícita o implícita?
- b. Transcribe 2 argumentos que respalden la postura del autor.
- c. ¿La conclusión retoma la tesis?

“No hace falta droga, la alucinación está fabricada”

Aníbal Camarassa, médico psiquiatra, sostiene que “en general, todo espacio de tiempo libre se ha vuelto peligroso, debido a la carga de frustración diaria a la que estamos sometidos y que se rebaja con la agresividad”.

En este sentido, un factor de riesgo que muchas veces no es tenido en cuenta en los locales nocturnos de diversión, es el efecto alucinante que provoca la combinación de sonidos (ruidos) y luces en los adolescentes.

Y precisamente, la Municipalidad de Córdoba posee una ordenanza en la cual se especifica con claridad cómo debe ser la instalación lumínica: “La iluminación de estos locales, tanto en lugares cerrados como abiertos destinados al público, será libre y con un mínimo de dos luces **sin la intervención de luces rítmicas, flash o de cualquier otro tipo que produzcan variaciones en la intensidad lumínica**”. Aunque esta disposición es muy probable que no llegue a cumplirse en la práctica.

Camarassa señala que “los locales nocturnos crean un clima, un sentimiento de fuerza en los adolescentes, del que se sienten carenciados en la vida cotidiana. Este ámbito crea una exaltación de los sentidos pero luego, no hay nada, la realidad vuelve a ser chata. Esto les produce, sin duda, frustración, y se descargan con agresividad, pateando los tachos de basura, apedreando algún gato, cuando no algún tipo de delito”.

La explicación de estas conductas se da a partir de la “modificación sensorial a la que se los somete, se les varía la realidad, es una alucinación tangible para la cual no es necesaria la droga y muchas veces ni siquiera el alcohol”.

La consigna en estos casos es “vení a perderte en el boliche, a este grupo; aquí te prestamos una identidad anónima (valga la paradoja), vení a incomunicarte”.

Sin embargo, el facultativo no cree que la solución pase por poner límites horarios, bajar el volumen del sonido o controlar el juego de luces: “Acá existe algo más serio y es que las luces que se utilizan en estos lugares (del tipo estroboscópicas), producen un cierto tipo de insomnio y en algunos casos –como en los videojuegos– crisis epileptoides, en aquellos que son susceptibles a padecerlas”.

Al igual que los hombres primitivos que danzaban alrededor del fuego para ahuyentar a los malos espíritus, los jóvenes danzan alrededor del fuego eléctrico de luces y sonidos para ahuyentar la realidad.

“El negocio es redondo” pensarán los dueños de los locales porque ofrecen una salida a los jóvenes. No obstante, el daño psíquico ocasionado también puede llegar a resultar redondo.

La Voz del Interior, 12 de abril de 1993

- a) Señala las partes del texto.
- b) ¿Cuál es la tesis’?
- c) Señalen las estrategias presentes en el texto.
- d) Señala el conector con el comienza el 7mo párrafo. ¿Qué relación establece con lo anterior?
- e) ¿Cuál es la causa de que a los jóvenes les agrada la combinación de luces y sonidos?
- f) ¿La conclusión retoma la tesis? Explique.
- g) ¿Propone una solución o debemos inferirla? ¿Cuál sería?
- h) ¿A quiénes pertenecen las diferentes “voces del texto”?